

bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dijo:

—Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimeras como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego llevado de mi obligación hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que



me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada.

Digo que estaba atado á la encina, desnudo de medio cuerpo arriba, y estábale abriendo azotes con las riendas de una yegua un villano, que después supe que era amo suyo; y así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía, nacían más de ladrón que de simple: á lo cual este niño dijo: "Señor, no me azota sino porque le pido mi salario." El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas: en resolución, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo, haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió may al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés? replicó Don Quijote, ¿luego no te pagó el villano?

—No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso el bosque y quedamos solos, me volvió á atar en la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un san Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía.



En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo.

De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

El daño estuvo, dijo Don Quijote, en irme yo de allí, que no me había de ir hasta dejarte pagado, porque bien debía yo saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir á buscarle, y que le había de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena.

—Así es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada. —Ahora verás si aprovecha, dijo Don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy aprieta y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciéndose en tanto que ellos comían. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer quería. El le respondió, que quería ir á buscar al villano y castigarle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos rubiese en el mundo.

A lo que ella respondió que advirtiese que no podía, conforme al don prometido, entremetirse en ninguna empresa hasta acabar con la suya; y que pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

—Así es verdad, respondió Don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

—No me creo desos juramentos, dijo Andrés; más quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme, si tiene allí algo que coma, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo.

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo:

—Toma hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés. —Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote:

—Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Íbase á levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.



## CAPITULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

**A** CABOSE la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir.

La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, les salieron á recibir con muestra de mucha alegría y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se lo daría de príncipes.

Don Quijote dijo que sí haría, y así le aderezaron uno razonable, en el mismo camaranchón de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y farto de sueño. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero y asiéndole de la barba, le dijo:

—Para mi santiguada, que no se ha aún de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola: que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza: digo el peine, que solía yo colgar de mi buena cola.

No se la quería dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á Don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se había venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le había enviado adelante á dar aviso á los de su reino, como ella iba y llevaba consigo al libertador de todos.

Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de Don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio.

Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormía Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haría por entonces el dormir que el comer.

Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer y su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote y del modo que le habían hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no lo viese, contó todo lo de su mantamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote había leído, le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor lectura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la

vida, no sólo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es el tiempo de la siega, se recogen aquí en las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros entre las manos, y rodeámonos dél más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir, que cuando oyo decir aquellos furibundos golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que quería estar oyéndoles noches y días.

—Y yo ni más ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel en que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces.

Así es la verdad, dijo Maritornes: y á buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles.

—Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero.

—No sé, señor, en mi ánima, respondió ella; también yo lo escuché, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oírlo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo.

—¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran?

—No sé lo que me hiciera, respondió la moza, sólo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, casasen con ellos, que ellos no desean otra cosa.

—Calla, niña, dijo la ventera, parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.

—Como me lo preguntaba esta señora, respondió ella, no pude dejar de respondelle.

—Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver.

—Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era *Don Cirongilio de Trasia*, y el otro *Feliz Marte de Hircania*, y el otro la *Historia*



Y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á un innumerable ejército.

ria del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba con la vida de Diego García de Paredes. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo:

—Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.

—No hacen, respondió el barbero, que también sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

—¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero.

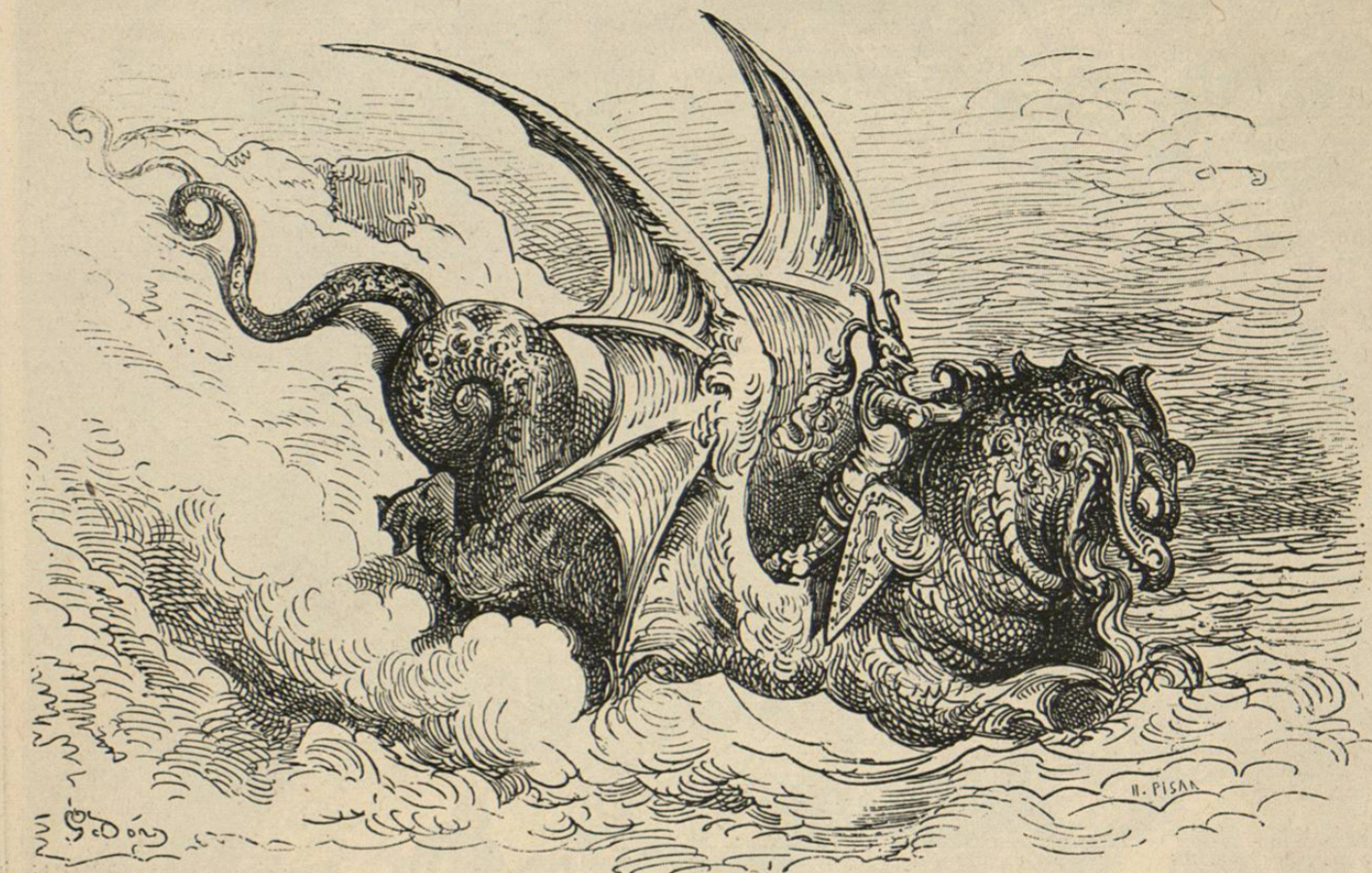
—No más, dijo el cura, que estos dos, el de *Don Cirongilio* y el de *Félix Marte*.

—¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar?

—Cismáticos queréis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos.

—Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitán y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de otros.

—Hermano mío, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba,



el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, y del sólo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á un innumerable ejército que no pasase por ella, é hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él de sí mismo con la modestia de caballero y de cronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes.

—Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero: mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino; por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas.

Pues qué me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la serpiente se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas, que no hay más que oír.

—Calle, señor, que si oyese esto, se volvería loco de placer;

dos hijas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio:

—Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.

—Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo que escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto, como vos decís, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del consejo real, como si ellos fueran

gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio.

—Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito ahora y el auditorio lo requiriera yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entre tanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avénid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped Don Quijote.

—Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo:

—Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenía un título